—¡Calla! ¡Es muy bonito esto! dijo Camors.

—Reconoces mi plano número tres, ¿verdad?

—Número tres.... Perfectamente.... Y tu prima, ¿está dentro?

—Alli está, amigo mio (dijo Lescande á media voz, señalando al balcon del centro, cuyas persianas estaban cerradas). Alli está y hé aqui nuestro hijo.

Camors pasó la mano por los cabellos del niño.

—¡Diablo! No has perdido el tiempo.... Asi, pues, ¿eres dichoso, querido amigo?

—Tanto, que estoy inquieto.... Dios es demasiado generoso conmigo, te lo aseguro. Figúrate que pasé dos años en España, en medio de montañas, en un terreno infernal. Alli construi un palacio de hadas para el marques de Buenavista.... un señorón que habia visto mi plano en la Exposición, y se le alborotaron los cascos.... Esto fué lo que comenzó mi fortuna.... Pero comprenderás que no ha sido mi carrera solamente lo que me ha enriquecido tan pronto....; una serie de increibles fortunas.... h realizado muy buenos negocios en terren os, honrosamente, por supuesto, puedes

creerlo.... No soy millonario....; pero sabes que no tenia nada, ni mi mujer tampoco.... En fin, construida mi casa, me quedan unos dos mil duros de renta . . Esto no es bastante para vivir de esta manera; pero trabajo.... ¡y me siento con tanto valor, amigo mio! ¡Mi pobre Julieta vive tan tranquila en este paraiso!

—¿No lleva ya los puños sucios? dijo Camors.

—¡Ah! ¡ahora no! hasta tiene cierta tendencia al lujo, como todas las mujeres.... Pero, ¡cuanto me alegro de que recuerdes nuestras tonterías de colegio!....En medio de todas mis peripecias, no te he olvidado por mi parte.... Tenia muchísimos deseos de invitarte á mi boda: pero no me atreví.... ¡Eres tan notable! ¡Brillas tanto!.... con tus caballos! Mi mujer te conoce mucho. En primer lugar, porque le he hablado de tí cien mil veces, y, además, porque adora las carreras.... está abonada al *Sport*.... Cuando me dice: "Un caballo de tu amigo ha ganado...." nos regocijamos en familia por tu triunfo.

Ligero tinte sonrosado pasó por las mejillas de Camors.

— Sois muy buenos, dijo.

Dieron algunos pasos por el blanco paseo

que rodeaba el parterre, y Lescande le preguntó:

—¿Y tu serás tambien muy feliz, amigo mio?

—¿Yo? ¡asombrosamente! (contestó Camors). Mi felicidad es muy sencilla, pero sin nubes. Generalmente me levanto temprano, voy al Bosque, despues al Casino, despues al Bosque y vuelvo al Casino.... Si por la noche hay algun estreno en cualquier teatro, corro á el. Asi por ejemplo, anoche se estrenaba una obra verdaderamente encantadora, que tiene una cancion de pajaritos, en la que se imitan sus pios..... Todo Paris la cantará con delicia durante un año.... haré lo que todo Paris, y seré dichoso....

—¡Dios mio, querido amigo, dijo alegremente Lescande; si eso basta á tu felicidad!....

—Esto y los principios del 89, contestó Camors, encendiendo otro cigarro en la colilla del anterior.

Fresca voz de mujer, brotando detras de las persianas del balcon, interrumpió el diálogo.

—¿Estás ahi, Teodoro? dijo.

Camors levantó la cabeza, y vió una mano muy blanca que salió por entre dos tablillas de la persiana iluminada por un rayo de sol.

—Es mi mujer (dijo rápidamente Lescande). Escóndete ahi.

Dejole detras de un grupo de arbustos, y tomando cierto aire alegre y malicioso, contestó dirigiéndose al balcón:

—Si, querida, ¿que quieres?

—¿Está contigo Máximo?

—Si, aqui está.

—¡Buenos dias, mamá! gritó el niño.

—¿Está bueno el dia? preguntó la voz.

—Hermoso.... ¿Y tu estás bien?

—No sé.... pareceme que he dormido demasiado.

Diciendo esto, abrió la persiana, y, haciéndose pantalla con la mano para que no le diese de lleno la luz en los ojos, salió al balcón. Era una mujer en toda la fuerza de la juventud, esbelta, graciosa y que parecía mas alta de lo que era, merced á la flotante amplitud de la bata azul en que se envolvia. Cintas del mismo color entrelazaban á la griega su castaña cabellera, que la naturaleza, el arte y la noche habian desordenado, trastornado y rizado á porfía en su graciosa cabeza. Apoyó los codos en el balcón, bostezó enseñando todos los dientes, y mirando á su marido:

—¿Por que tienes el aire tan tonto? le preguntó.

Pero de pronto vio á Camors, á quien el interés de la escena habia hecho salir á medias de su escondrijo, y lanzando ligero grito de sorpresa al mismo tiempo que se recogia los desordenados pliegues de la bata, huyó á la habitación.

Desde el colegio hasta aquel momento, Luis de Camors no se habia formado grande idea de la Julieta que tenia á Lescande por Romeo, por lo cual experimentó agrapable sorpresa al reconocer que su amigo era mucho mas dichoso bajo este aspecto de lo que habia presumido.

—Va á regañarme amigo mio (dijo Lescande, riendo de todo corazon); y á ti tambien.... porque te quedarás á almorzar con nosotros, ¿verdad?

Camors dudó un momento, y en seguida dijo bruscamente:

—No.... no....imposible, amigo mio... Olvidaba que me esperan.

Quiso partir en seguida, pero Lescande le detuvo hasta que le prometió que iria el mártes siguiente á comer en familia, es decir, con su esposa, su suegra la señora Mursois, y con él.

Esta invitación preocupó algo á Camors

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hasta el dia fijado; porque, ademas de no gustarle las comidas de familia, recordaba mas de lo que hubiese querido la escena del balcón. La indiscreta ingenuidad de Lescande le irritaba y conmovia á la vez. Sentiase llamado á desempeñar un papel al lado de aquella jóven, que presentía coqueta, y á la que le hacian sagrada sus recuerdos de infancia y el honor. En una palabra: encontrábase de pésimo humor cuando el martes por la tarde se apeaba de su *dogcart* ante la casita de la avenida Maillot

El recibimiento que le dispensaran la señora Lescande y su madre le tranquilizó algo, pareciéndole, como en efecto eran, dos mujeres honradas, muy amables y de buen tono. La madre habia sido bella, enviudó jóven, y no habia la menor mancha en su vida reemplazando en ella exquisita delicadeza á los solidos principios que nuestro siglo no soporta. Lo mismo que otras muchas mujeres de buen trato, tenia el gusto de la virtud, á la manera que el armiño tiene el de la blancura, repugnándole el vicio, menos como mal que como mancha. Su hija habia recibido de ella esos principios de castidad elegante, que se oculta mas frecuentemente de lo que se cree bajo las vivas apariencias de las gentes mundanas.

Estas dos amables mujeres tenian, sin embargo, un defecto, que les era muy comun con muchas parisienses de su época y condicion. No obstante su talento, quedaban encantadas del modo mas vulgar ante la aristocracia mas ó menos legítima que desplegaba sucesivamente en los Campos Elíseos, en los teatros, en los hipódromos y en las playas célebres, su frivolidad y rivales vanidades; y, no obstante su acrisolada honradez, manifestábanse ávidas hasta el escándalo de las aventuras mas equívocas que podian surgir en aquella region escogida. Su honor y gloria consistía en conocer hasta los menores detalles de la alta vida parisién, seguir sus fiestas, hablar su jerga, copiar sus trajes y distingir sus libreas. Obrando asi, si no eran la rosa, vivian cerca de ella, impregnábanse en sus perfumes y colores, realzandolas esta familiaridad singularmente en su propia estimación y en la de sus amigos.

Aunque Camors no ocupaba aun en el olimpo de la moda el rango que habia de ocupar mas adelaute, podia pasar ya en el por un semi-dios, y bajo este concepto; inspiraba á la señora Lescande y á su madre ardiente curiosidad; curiosidad que aumentaba con el interés que nacía de su antigua amistad con Lescande. La madre y la hija

sabian los nombres de sus caballos, y quizá tambien los de sus amantes; necesitando por tanto, todo su buen gusto natural para poder ocultar á su huésped la secreta agitacion de sus nervios en su santa presencia; cosa que consigieron tan perfectamente, que Camors quedó algo picado. Aunque no era fátuo, era jóven, y estaba acostumbrado á agradar. Sabia que la princesa de Claut-Goritz le habia aplicado recientemente su profunda definicion del hombre amable: "Es amable, puesto que siempre se siente una en peligro á su lado" y por consiguiente, le pareció algo anormal que la simple suegra y la simple esposa del simple Lescande resistiesen su radiacion con tanta tranquilidad. Esto le hizo salir de su premeditada reserva, y desplegó todas sus gracias, no por la señora Lescande, á la que hábia jurado respetar, sino por la señora Mursois, luciendo toda la velada ante la madre chispeante gracejo que encantó á la hija. Lescande, por su parte, con la boca abierta hasta las orejas, gozaba con la brillantez de su amigo.

A la tarde siguiente, Camors regresó de su paseo al Bosque por la avenido Maillot. La señora hacia labor casualmente en el balcon, y le devolvió el saludo casi sin le-